

SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN. BASES DE UN NUEVO DIÁLOGO ENTRE CIENCIA, TECNOLOGÍA, FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA EN EL S. XXI

ANTONIO NÚÑEZ ORDÓÑEZ

INSTITUTO DE MICROELECTRÓNICA APLICADA
UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

INTRODUCCIÓN

En el año 2000, año jubilar de cambio de milenio, año mundial también de la matemática, Juan Pablo II invitó a los científicos cristianos y a todos los hombres de buena voluntad dedicados a la investigación científica a reunirse en congreso en Roma el 25 de mayo “para reafirmar el común compromiso de buscar y respetar la verdad, y recordar la dimensión de servicio al hombre que ha de tener la actividad científica”.

Desde la más remota antigüedad un jubileo significa una vuelta a empezar, una cancelación completa y de buena fe de todas las deudas, un borrar la lista de agravios mutuos, un mirar hacia delante con optimismo, asumiendo los errores del tiempo pasado y pidiendo perdón por ellos. Lamentablemente la historia de la teología y de la ciencia no se ha caracterizado por el desarrollo de este significado de un jubileo.

Hemos comenzado un nuevo siglo que debe afrontar algunas graves consecuencias del uso de la ciencia, como ocurre en las biotecnologías (clones humanos, alimentos transgénicos), en las armas nucleares y biológicas de

destrucción masiva, o en la degradación del medio ambiente que heredarán los futuros pobladores del planeta. Por eso el congreso del año 2000 trató de ser una ocasión para afirmar la mutua confianza entre la razón humana y su dimensión moral, compenetración que Juan Pablo II gusta llamar dimensión *sapiencial* de toda ciencia y de toda la vida humana.

El avance de la ciencia no es bandera de ninguna cultura particular. Así en el liderazgo objetivo de la cultura occidental actual confluyen como mínimo las grandes aportaciones de la filosofía helenista y el derecho romano con la concepción positiva de la bondad del mundo creado y del hombre de la tradición judeocristiana. Y aún la recepción de Platón, Aristóteles y la antigüedad clásica en occidente durante la edad media fue obra del diálogo entre la cultura árabe y la predicación cristiana, en el que sobresalen Avicena, Averroes, Tomás de Aquino o Ramón Llull.

PLURALISMO EN LA INVESTIGACIÓN

La realidad es múltiple y diversa, y también lo son las fuentes de conocimiento verdadero, de sabiduría. El fundamentalismo (hipertrofia de la religión) niega este hecho. El cientificismo (hipertrofia de la ciencia experimental) pretende igualmente ofrecer una explicación de todo exclusivamente a partir del método científico experimental, despreciando como no científicas otras formas legítimas y válidas de obtener saber y conocimiento. El sincretismo y eclecticismo actuales (hipertrofia de la política y el pragmatismo) conducen a una mezcla de religión, misticismo, espiritualidad y ciencia experimental sin solución de continuidad, sin respeto a la metodología propia de cada una, ni respeto a su legítima autonomía. Todas estas concepciones comparten una cosmovisión reduccionista y excluyente.

Juan Pablo II escribe al inicio de “Fe y Razón” una propuesta que suma, y no resta, que une, y no divide, una propuesta de búsqueda sapiencial de las respuestas fundamentales. Dice: “La exhortación ‘conócete a ti mismo’ estaba esculpida sobre el dintel del templo de Delfos, para testimoniar una verdad fundamental que debe ser asumida como la regla mínima de todo hombre que desee distinguirse de entre toda la creación, calificándose a sí mismo como “hombre” precisamente en cuanto “conocedor de sí mismo”. Una simple mirada a la historia antigua muestra con claridad cómo, en distintas partes de la tierra, marcadas por culturas diferentes, brotan al mismo tiempo las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: ¿quién soy? ¿de dónde vengo y adónde voy? ¿por qué existe el mal? ¿qué hay después de esta vida?

Estas mismas preguntas las encontramos en los escritos sagrados de Israel, pero aparecen también en los Veda y en los Avesta; en los escritos de Confucio y Lao-Tze, y en la predicación de los Tirthankara y de Buda; asimismo se encuentran en los poemas de Homero y en las tragedias de Eurípides y Sófocles, así como en los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles. Son preguntas que tiene su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre: de la respuesta que se dé a tales preguntas, depende la orientación que se dé a su existencia. La Iglesia no es ajena a este camino de búsqueda". Y 154 páginas más tarde Juan Pablo II resume esa propuesta sapiencial en estas palabras: "Me dirijo a los científicos, que con sus investigaciones nos ofrecen un progresivo conocimiento del universo en su conjunto y de la variedad increíblemente rica de sus elementos. El camino realizado por ellos ha alcanzado, especialmente en este siglo, metas que siguen asombrándonos. Al expresar mi admiración y mi aliento hacia estos pioneros de la investigación científica, a los cuales la humanidad debe tanto de su desarrollo actual, siento el deber de exhortarlos a continuar en sus esfuerzos permaneciendo siempre en el horizonte sapiencial de búsqueda del sentido último y global de la vida, en el cual los logros científicos y tecnológicos están acompañados por los valores filosóficos y éticos, que son una manifestación característica e imprescindible de la persona humana. El científico es muy consciente de que la búsqueda de la verdad, incluso cuando atañe a una realidad muy limitada del mundo o del hombre, no termina nunca, y cuanto más se profundiza en ella remite siempre a algo que está por encima del objeto inmediato de los estudios, a los interrogantes que abren el acceso racional al misterio" (FR 106). En lo que sigue denominaré esta cosmovisión ofrecida por el Papa como cosmovisión "convergente" o "integradora", basada en la unidad de la persona, en un cierto personalismo cristiano.

En este camino común de búsqueda muchas maneras de pensar distintas pueden ir de la mano. Gustavo Bueno —paradigma de una concepción de la ciencia característica del materialismo filosófico, y centrada en torno a la idea hegeliana de verdad como identidad sintética obtenida en los contextos y que va constituyendo, construyendo, poco a poco, las capas de un mundo estructurado— escribe a este respecto en su discurso de investidura de doctores en la ULPGC en 1995: "La función única y definitiva a la cual pudiéramos confiar el destino de la Humanidad. El hombre no es la medida de todas las cosas, ni las mismas cosas constituidas por las ciencias son siempre commensurables con él. La ciencia no tiene capacidad de dirigir a la Humanidad ni, menos aún, de sostenerla en su existencia. Sin embargo, sin el ejercicio de las funciones de la ciencia, la humanidad actual no sólo no podría encontrar su destino futuro si no que ni siquiera podría subsistir en el presente".

PENSAMIENTO, LIBERTAD Y DIÁLOGO

En las culturas siempre ha habido más imaginación y juego que saber común, especulativo o científico, y más ciencia y tecnología que ingeniería aplicable, y más ingeniería desplegada que técnicas y aplicaciones pueda absorber la sociedad culturalmente. La informática, las telecomunicaciones, o Internet, son buenos ejemplos de este despliegue técnico. Existe un exceso de oferta tecnológica que no puede absorber la sociedad, hecho que se califica a veces como analfabetismo científico o tecnológico. Hoy hay un gran interés por conocer y dominar los medios técnicos, pero quizás hay menos insistencia en ejercitar la reflexión y el pensamiento. Paul Ricoeur habla en este respecto de hipertrofia de medios y atrofia de fines. Hoy hay un gran interés por el juego, el entretenimiento, el sentimiento. Algo que Julián Marías ha llamado el triunfo del “pensamiento débil”, de la sociedad “light”. A pesar de ese interés por el entretenimiento y el sentimiento, la ausencia de suficiente reflexión hace difícil aprovechar hasta los importantes elementos sapienciales y de conocimiento que se transmiten por los medios culturales modernos como la literatura, la poesía, el arte o el cine.

Desde Santo Tomás de Aquino, es un lugar filosófico común la sentencia de que la ciencia es búsqueda de la verdad y la verdad no puede oponerse a la verdad. Escribía el cardenal Belarmino: “Si se diese una verdadera demostración de que el sol está en el centro del universo y de que la tierra está en la tercera esfera celeste (tesis de Copérnico defendida con varios argumentos, algunos de ellos incorrectos, por Galileo) entonces habría que tener gran prudencia al explicar los textos de la Sagrada Escritura que parecen contrarios a ese hecho, y más bien decir que no los entendemos, que decir que sea falso lo que se ha demostrado”. En el mismo sentido ya en el siglo V San Agustín había “conciliado” la interpretación del sentido de la escritura con la posibilidad entrevista por la filosofía natural de la época de una evolución de las especies, evolución que en parte demostraría científicamente Darwin, mil cuatrocientos años más tarde.

El primer editor de la obra de Copérnico, Rheticus, en su “Narratio Prima” escribe: “El que desee entender debe tener libre pensamiento”. Pero me atrevería a decir que cuatro siglos más tarde esta sentencia de Rheticus tiene un significado distinto al de entonces. Hoy, afortunadamente, está plenamente asentado el ejercicio de la libertad de expresión, de la libertad de conciencia y religión, de la libertad de investigación y de cátedra, de la legítima autonomía de la ciencia, mientras que parece necesario reafirmar que para tener libertad de pensamiento,

condición para poder verdaderamente entender, según Rheticus, hay que tener ante todo... *pensamiento*. En medio de las tremendas audiencias de programas como “Gran Hermano” y similares, quizás debemos todos reflexionar sobre el grado real en que verdaderamente nos esforzamos en desarrollar el propio pensamiento. Animándoles a esa reflexión, Aristóteles enseñaba a los alumnos de su Liceo que no hay pensamiento sin lógica, voluntad sin ética, libertad sin responsabilidad. Y que tampoco es posible encontrar lógica, ni ética, ni responsabilidad, sin verdad, sin realidad.

Es una oportuna llamada al pensamiento que ha quedado plasmada por Martín Chirino en la escultura “El Pensador”, ahora puerta de entrada al campus de la universidad en Tafira.

El congreso jubilar del año 2000 en Roma volvió a recordar que para el hombre inteligente todas las cosas se armonizan y concuerdan (Palamas). Ése puede ser el resumen de intervenciones tan destacadas como las de Robert Russel (Berkeley) sobre “Creación, Big Bang y Cosmogénesis Cuántica”, de Edward Nelson (Princeton) sobre “Matemáticas y Fe”, o de John R. Searle (UCLA) sobre “Inteligencia Artificial y Relación Mente-Cuerpo”. Alberto Linés señaló en esa ocasión: “El hombre actual tiende con frecuencia a rechazar todo aquello que no pueda palpar o ver. Al matemático no suele presentarse este problema. Sabe que donde termina la geometría métrica de lo visible con sus tres dimensiones, continúa el análisis matemática, que estudia y opera con espacios de cualquier número de dimensiones, algo que no entra en la humana intuición. Y ello puede ser un buen ejercicio mental para formarse idea de lo trascendente, concepto operativo en la matemática. No podemos reducir todo el saber a lo que se percibe por los sentidos”.

Amo Penzias, Vicepresidente de los Laboratorios Bell de la multinacional ATT, Premio Nóbel de Física en 1978 por el descubrimiento de la radiación de fondo de microondas, una prueba de la actual expansión del universo, confirmada por las medidas detalladas del satélite COBE (Cosmic Background Explorer) en 1990, escribe en el libro “Ingeniería del Mañana” (IEEE 2000): “Ninguna teoría explica aún cómo o porqué el universo comenzó a existir. Así que de ninguna manera se puede decir que ya está todo hecho en ciencia, y que no queda espacio para maravillarse de la naturaleza. Estamos entrando en el siglo XXI con la misma comprensión básica del universo que ya tenía George Gamow hace más de medio siglo. Y además aún nos queda el misterio de su existencia”.

Y de nuevo Juan Pablo II: “La investigación científica y técnica constituye una expresión significativa del dominio del hombre sobre la creación y un servicio a la verdad, al bien y a la belleza” (FR). El diálogo parece estar servido...

DIVORCIO DE LA CTFT

Sin embargo la situación actual es la de un patente divorcio entre ciencia, tecnología, filosofía y teología. De todas ellas entre sí. A esta situación la llamaré una cosmovisión divergente. Y una primera pregunta es: ¿tiene sentido este divorcio? Las nuevas tecnologías, la sociedad de la información que se está construyendo influirán en un sentido u otro, convergente o divergente, entre las fuentes de saber, entonces: ¿esta sociedad nos permite pilotar la construcción de una cosmovisión en un sentido o en el otro? Y en su caso: ¿cómo proceder para esa construcción? Intentemos dar algunas respuestas que –siguiendo el método especulativo que deseo subrayar con el nombre de científico especulativo, distinto del método científico experimental– al menos provoquen una reflexión personal de cada uno sobre el tema, en busca tanto de la evidencia sensible como de la evidencia nacional.

Les propongo esta breve y corriente descripción, limitada a la cultura occidental hoy dominante en el mundo. Se considera en un principio un conocimiento ordinario y natural de las cosas. De él emergen misterio y mitos, y desde él se origina la filosofía. Su primera cima llega con la filosofía helenista. De ella se emancipa la teología, singularmente en la tradición judeo-cristiana-romanizada, llegando a su zénit como referente en los diez siglos de la Cristiandad medieval hasta la Reforma: es la sociedad cristiana de la Suma Teológica, la Escolástica y el Papado. De la filosofía y la teología se emancipa la ciencia experimental con la Nueva Ciencia de Galileo y Newton alcanzando su cumbre con el reciente desvelamiento de algunos grandes misterios como la estructura atómica de la materia, la física cuántica que rige el microcosmos, la relatividad que rige el macrocosmos, el Big Bang y la realidad de un Universo mucho más diminuto -hasta la ruptura física del espacio-tiempo en las dimensiones de Planck- y mucho más inmenso de los que jamás habíamos podido imaginar, como nos ha descubierto el telescopio orbital Hubble; o el origen de la vida, su evolución desde ese “polvo de estrellas” hasta el hombre, y la codificación de la información que rige el despliegue y desarrollo del ser vivo. La ciencia experimental ha dominado los tres últimos siglos de la sociedad positiva e ilustrada. De la ciencia experimental se ha emancipado la tecnología, al sustituir el objeto natural por el objeto artificial o artefacto útil como el objeto propio de su estudio. La tecnología ha logrado en la segunda mitad del siglo pasado cumbres como la energía nuclear y la bomba atómica, el motor a reacción y la aviación, los plásticos, el chip microelectrónico y el ordenador, la televisión e Internet, todo ello sobre los grandes avances que supusieron en siglos anteriores la máquina de vapor, el ferrocarril, la siderurgia y el hormigón, el petróleo, el motor de explosión y los automóviles, la iluminación y energía eléctrica, el telégrafo y el teléfono. La creciente relevancia de la tecnología ha dominado la sociedad industrial de los dos últimos siglos.

Es un hecho que todo este despliegue filosófico, teológico, científico y tecnológico ha sido posible, y de hecho se ha dado, en la cultura occidental, precisamente la de raíz griega, tradición judeo-cristiana romanizada y reformada, y positivismo ilustrado revolucionario, que subyace a los sistemas democráticos tanto liberales como sociales. Hay múltiples interpretaciones de la divergencia del conocimiento, a partir de esta o semejante base descriptiva: desde el análisis positivista de Comte, a la dialéctica Hegeliana, pasando por los tres mundos del conocimiento de Popper, o por la simple apreciación de Agazzi de que en realidad todas estas componentes del conocimiento han subsistido relacionadas unas con otras.

DEFINICIONES DE LA CTFT

Pero antes precisemos los conceptos sobre la CTFT según están comúnmente recibidos en la tradición de Occidente. Utilizaré primero la visión del realismo moderado, quizás y a pesar de todo el presupuesto filosófico más común en la práctica juntamente con el positivismo, entre científicos experimentales, y matizaremos desde ahí otras visiones, en particular el idealismo moderado de la modernidad, y el criticismo escéptico postmoderno.

En el realismo moderado la Ciencia se entiende como el conocimiento cierto, sistemático y ordenado, de las cosas observables, y por sus causas inmediatas. Su lema es la observación y el cálculo, que está basado en modelos matemáticos formados por objetos y relaciones, abstracciones sugeridas por la medida de los observables de la realidad material. Así por ejemplo la cumbre de la física, toda la mecánica cuántica actual, se basa en las leyes del álgebra de la observación y de la medida, incluida la ley de su incertidumbre y la indeterminación de su cinemática. El conocimiento experimental ordinario, en muchas ocasiones meramente descriptivo, es un aspecto elemental de la ciencia.

La tecnología es el conocimiento cierto, sistemático y ordenado de los objetos artificiales, por sus procesos constructivos y las leyes de la ciencia en que se basan tales procesos. La orientación a la fabricación, a la creación material del objeto, utilizando recursos económicos, es un aspecto relevante de la tecnología, así como la necesidad de su justificación por la aplicación y uso del producto, del objeto del sistema. Aquella tecnología de procesos sencillos que se basa en un conocimiento más ordinario se suele denominar técnica. La ingeniería es un aspecto elemental (aunque de contenido práctico potencialmente muy complejo) de la aplicación o despliegue de la tecnología disponible a la solución de un caso particular o problema concreto.

La filosofía es el conocimiento cierto, sistemático y ordenado de las cosas existentes, por sus últimas causas. En la medida en que las cosas estudiadas son

más inmediatamente observables y las causas más próximas, la filosofía acerca de ellas no se aleja de la ciencia, y durante muchos siglos la ciencia descriptiva ha sido llamada filosofía de la naturaleza. En la medida en que son menos observables y las causas más profundas, la filosofía se acerca a la teología natural. Pero el objeto propio de la filosofía son todas las cosas existente, entre ellas y de modo eminente el ser supremo y el propio hombre, y las explicaciones racionales que busca son las más radicales. En cuanto tal va más allá de la ciencia experimental, aunque todo el conocimiento, incluido el filosófico, comience por los datos observados por los sentidos (Aristóteles), incluidos los sentidos internos, la percepción y la autoconciencia (Descarte). La Física de Aristóteles es una ciencia experimental –que él llama especulativa, por no existir aún el método propiamente experimental– ligada al conocimiento ordinario, muy rudimentario, de su tiempo. Aristóteles dispuso sus libros de la Metafísica “más allá” de sus libros de la Física, a continuación, para plantear y responder otras preguntas, las más fundamentales, entre ellas preguntas sobre el conocimiento humano, sobre la realidad de las cosas, su cambio, su ser y su esencia.

Finalmente la teología es el conocimiento cierto, sistemático y ordenado de Dios como última causa, y de todo cuanto a esa causa se ordena, obtenido a partir de los datos observados en las cosas y de la autoridad propia de las narraciones sapienciales y de los textos religiosos reconocidos como singularmente inspirados o reveladores, que en la práctica en el siglo XXI se concretan en la revelación judeo-cristiana. Una teología elemental basado sólo en los datos observables y en la reflexión racional suele denominarse teología natural, y como tal no está alejada de la filosofía. Ya Aristóteles llamó teología a la filosofía primera, a su metafísica. Y este solapamiento se extiende en el tiempo hasta Santo Tomás, hasta su Suma Contra los Gentiles, donde claramente relaciones y distingue filosofía y teología.

CRITICA DE LA VISIÓN REALISTA DE LA CTFT

Maticemos algo más estos conceptos sobre el pensamiento, ahora desde una visión no realista. En ella la relación entre “ente” y “razón” bascula hacia ésta última, el peso del “cálculo” es mayor que el de “la observación”, la “ley” matemática desplaza a la “causa” natural, y en la razón propiamente la “intuición” idealista predomina sobre el “proceso” racional de pensar. No se discute la existencia del objeto observado, se discute la posibilidad y el modo de conocerlo. El Renacimiento recuperó a los clásicos y en particular la filosofía platónica de las ideas innatas, la belleza, las formas geométricas, las relaciones matemática perfectas, perfección que la razón descubre reflejada imperfectamente (“hipótesis” en el léxico platoniano) en las cosas, siendo su

realidad más plena (“tesis”) ajena a los objetos observados, o al menos difícil de alcanzar. Desde este momento la Matemática cobra en la Nueva Ciencia un protagonismo que no ha cesado de crecer hasta la fecha. La influencia de Platón es ya clara en Copérnico y en Galileo. Este escribió: “Considerad quién discurriría más justamente si Platón, al decir que sin la Matemática no se podía aprender filosofía, o Aristóteles, al censurar al propio Platón por el excesivo estudio de la geometría. Los aristotélicos sostienen que una cosa es tratar las cuestiones por medio de la física y otra por medio de la matemática, y que los geómetras deberían permanecer al margen de los subterfugios de la física, y tampoco relacionarse con las materias filosóficas, cuyas verdades son distintas de las verdades matemáticas. Como si lo verdadero pudiera ser más que uno; como si la geometría en nuestros tiempos fuese un obstáculo para la adquisición de la verdadera filosofía; como si fuera imposible ser geómetra y filósofo”. Descartes, filósofo y matemático, corta toda relación causal entre teología, filosofía y la realidad objetiva, a partir del racionalismo como método del conocimiento. La teología desde Descartes y en todo el empirismo y la ilustración pasa a ser un deísmo desconectado de la razón. Pero el racionalismo claramente mantiene la necesidad de una filosofía, y de se fundamente en ella el método científico. El movimiento idealista moderado contrario al realismo aristotélico-tomista alcanza su cumbre con el idealismo kantiano y de forma extrema en Hegel. Kant elogia la innovación de Galileo, como el primero en comprender que “la razón ve sólo aquello que ella misma produce según su propio designio. La razón ha de presentarse en la naturaleza teniendo en una mano los principios, según los cuales solamente es posible que los fenómenos que concuerdan tengan valor de ley, y en la otra mano el experimento, que ella misma ha ideado según estos principios”. Kant considera a Galileo como un primer racionalista idealista. Hegel culmina y extrema esta concepción idealista al no ver la necesidad de que la razón “se presente” ante la naturaleza, puesto que razón, naturaleza y espíritu son en su concepción un mismo movimiento, un mismo todo.

Ante las dudas suscitadas por el idealismo sobre el alcance del conocimiento, el positivismo de Comte y Stuart Mill es un realismo escéptico en el sentido de que el objeto del saber alcanza sólo a los fenómenos en cuanto única realidad observable, concreta y útil. El objeto de la ciencia no es la investigación de las cosas por sus causas, sino la determinación de la “ley” que siguen los fenómenos. El empirismo británico y el posterior científicismo ahondan en la divergencia de los componentes del conocimiento. Desde esta perspectiva la filosofía es sólo coordinación y método, puesto que la crítica positivista establece en esta visión la invalidez cognoscitiva del acceso a algo más allá del fenómeno. Ni la filosofía metafísica (ni ninguna filosofía realista que pregunte por causas, sean primeras o finales, ni por el ser) ni la teología, aportarían por tanto conocimiento.

En el racionalismo e idealismo moderados modernos aún pervive una atención filosófica al avance de la ciencia, ya en sus datos empírico-físicos, ya en sus modelos teóricos-matemáticos, y recíprocamente la atención de la Nueva Ciencia a los esquemas filosóficos clásicos está muy subrayada en los creadores del método científico-experimental. Así por ejemplo los geómetras, matemáticos y físicos de la Nueva Ciencia surgida con Galileo y Newton reconocen en sus modelos de la naturaleza la influencia de Platón, Euclides y los Pitagóricos como la forma de acceso al conocimiento de las cosas, en oposición a la vida de abstracción de la esencia y naturaleza de las cosas y a la investigación de las causas. Es una relación que se remonta a las discusiones entre la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles.

De hecho aunque en el calor del debate realismo y racionalismo hayan parecido visiones frontalmente contrapuestas, el paso del tiempo y la matización de pensadores posteriores han ido aproximando visiones, de tal modo que hoy pueden considerarse complementarias y muy próximas entre sí, desde luego si se comparan con las concepciones postmodernas, criticistas o nihilistas que las han sustituido. Quizás la exageración y acritud del debate ha sido siempre mayor dentro del campo filosófico puro, que en sus aplicaciones prácticas tal y como las han ejercido en su tarea diaria, de laboratorio y cálculo, los científicos.

En efecto, un ejemplo de esta visión de racionalismo moderado que es un presupuesto de buena parte de la ciencia experimental moderna puede verse en el pensamiento del premio Nóbel de Física en 1965 y padre de la Electrodinámica Cuántica Richard Feynman.

“La ciencia es una forma de mostrar cómo algo que es desconocido llega a ser conocido, hasta qué grado se conocen efectivamente las cosas (puesto que nada se conoce absolutamente), cómo manejar la duda y la incertidumbre, cuáles son las reglas de la evidencia, y cómo pensar acerca de las cosas de tal manera que se puedan obtener conclusiones, cómo distinguir en definitiva la verdad del engaño, del artificio, del espectáculo... al aprender ciencia se aprende a tratar las cosas mediante prueba y error, se aprende a desarrollar un espíritu inventivo, creativo, de libre indagación, que es de enorme valor mucho más allá de la propia ciencia. Se aprende a hacer constantemente la siguiente pregunta: ¿hay algún otro modo mejor de hacer esto?”.

“En general investigamos una nueva ley mediante el siguiente proceso. Primero la inventamos, suponemos una ley. Luego, calculamos las consecuencias de esa suposición para ver qué consecuencias estarían implicadas si la suposición fuese cierta. Entonces comparamos el resultado del cálculo con la naturaleza, con la experiencia acumulada o con experimentos, lo comparamos directamente con la observación, para ver si funciona. Si está en desacuerdo con el experimento, entonces la suposición es incorrecta. Esta sencilla afirmación es la clave de la

ciencia. No importa nada lo hermosa o elegante que sea la suposición inicial. No importa nada lo inteligente que uno sea, o quién hizo la suposición o cuál es el nombre de ese autor –si está en desacuerdo con el experimento, entonces la suposición es incorrecta”.

Newton, Feynman, y toda la ciencia experimental pasa de puntillas sobre el problema de la creación de hipótesis. Así Newton, trescientos años antes que Feynman, describe el método hipotético-deductivo, pero añadiendo su famosísima expresión “*hypotheses non fingo*” (no me invento o finjo hipótesis, no las propongo gratuitamente, son generalización de los datos concretos). Con ello Newton alude en su *Scholium Generale* al movimiento de la mente desde el objeto, la observación y la experiencia de datos concretos en los fenómenos, hasta la ley general obtenida –concierta ingenuidad diríamos hoy– por inducción. Newton no considera esta ley general como una hipótesis de partida (término que Newton no usa con significado metodológico), sino como una tesis de llegada, como verdad establecida tras la realización de experimentos controlados. Si embargo es obvio que Newton parte de hipótesis iniciales, simplemente subraya que no acepta que sean gratuitas, desvinculadas de alguna observación. Este es el talón de Aquiles del método científico experimental, puesto que el sólido movimiento deductivo desde las hipótesis, tan sencilla y atractivamente descrito por Feynman, no se corresponde con un movimiento de similar grado de definición en la misteriosa vía generalizadora inductiva y abstractiva hacia el establecimiento de la hipótesis. En realidad aunque Feynman no lo haga explícito en su coloquial y típica manera de expresarse, Feynman no nos dice que ese primer paso de hacer la suposición de una ley, lo dé arbitrariamente o de forma gratuita. Porque en el centro de esa cuestión está también su expresión de que la ciencia nos enseña “cuáles son las reglas de la evidencia”, que no cita ni analiza. Simplemente su nítida e implacable visión realista, derivada del peso decisivo que tiene el experimento, le lleva a no analizar en profundidad la creación de la hipótesis, la proposición de una ley o de una teoría.

CEFT: CIENCIA, TECNOLOGÍA, FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA: ¿ALGO EN COMÚN?

En la historia del pensamiento ha sido constante, como una convicción general, la búsqueda de una posible unidad en la diversidad de métodos, subyacente a todo saber. Éste hecho, fácilmente comprobable, es significativo en sí mismo. Aristóteles considera dos modos de saber, especulativo y práctico. Y en el saber especulativo reconoce diferencias por los distintos objetos así como por ciertos grados de abstracción en la intelección de una misma cosa. Pero para él tanto la física, como la matemática, como la geometría, la filosofía y la teología, son todas ciencias especulativas, un conocimiento intelectual por las

causas, fácilmente comunicable por el discurso, y capaz de merecer el asentimiento del oyente. No hay aún propiamente un método científico experimental, inductivo-hipotético-deductivo. La medicina, la política, la ética, las artes técnicas son ciencias prácticas que tratan problemas y buscan su resolución y la acción. Santo Tomás recuerda que la “teología considera las cosas bajo distintas razones que la filosofía. La filosofía las considera en sí mismas, atendiendo a su propia naturaleza; de donde, según las diversas clases de cosas que haya, aparecen las diversas partes de la filosofía. La teología considera a las cosas según su naturaleza en relación con Dios. Por eso no se ha de achacar la imperfección de la teología el pasar de largo muchas propiedades de la línea que trata el geómetra. Si el filósofo y el teólogo coinciden en algo común sobre las cosas, lo consideran bajo distintos principios, el filósofo argumentando las causas propias de las cosas., el teólogo acudiendo a la causa primera” (*Suma Contra Gentiles* libro 2 cap 4). Las cosas, la argumentación causal y la racionalidad es lo común, los principios de la argumentación es la distinción. Podemos resumir esta visión como la de una divergencia sincrónica, es decir la separación, conjunta y mutuamente relacionada en el tiempo, de los cuatro aspectos del conocimiento. Es la visión que subyace en el nacimiento bajo medieval de la universidad como “universitas studiorum”. Así para Juan Pablo II “San Alberto Magno y Santo Tomás, aún manteniendo un vínculo orgánico entre la teología y la filosofía, fueron los primeros que reconocieron la necesaria autonomía que la filosofía y las ciencias necesitan para dedicarse eficazmente a sus respectivos campos de investigación” (FR n. 54).

Pero si para Sto. Tomás hay un ámbito propio y una argumentación propia de la teología, la filosofía y de su despliegue en las distintas ciencias, para Augusto Comte teología y filosofía (entendida como metafísica) han sido estadios previos e infantiles del conocimiento humano. Una vez criticados y superados esos estadios, es la filosofía positiva la llamada a coordinar todas las ciencias positivas (definidas como útiles, concretas y sobre fenómenos observables reales), y la que de esta manera aporta una cierta unidad., la unidad del saber enciclopédico. En sus palabras “El objetivo de este curso de filosofía positiva no consiste en absoluto en presentar los fenómenos naturales como idénticos en el fondo, salvo la variedad de sus circunstancias. La filosofía positiva sería perfecta si esto pudiera ser así. Pero esta condición no es necesaria, ni para su formación sistemática, ni tan siquiera para la realización de las grandes y ventajosas consecuencias a las que está destinada. No hay más unidad indispensable que la unidad del método, la cual puede y debe existir y se encuentra en su mayor parte establecida”. Podemos resumir esta visión como una divergencia diacrónica, es decir por una superación sucesiva en el tiempo de un aspecto del conocimiento sobre los otros, una superación que progresivamente reduce el conocimiento al método experimental y su objeto a los solos fenómenos. Es una reducción de toda gnoseología a una sola parte, la

epistemología. La explicación científica es ante todo una explicación física, más concretamente aún una explicación mecanicista, y los mecanismos explicativos-descriptivos se formulan por la abstracción del cálculo, por la matemática.

Otra relación filosófico-científica, pero en sentido opuesto a Galileo, a Newton, a Hume y a Comte, a modo de rebeldía, floreció en el romanticismo liderado por Goethe con la búsqueda de la unidad perdida del saber clásico, entendido como una visión unitaria pero anti-reduccionista, muy elevada e idealista en el planteamiento de sus fines, pero en la que las diversas disciplinas de la ciencia se interrelacionaran con otros saberes como la literatura, el arte, la política, la técnica, la filosofía y la teología, por el mero hecho de ser actos naturales del mismo hombre. De nuevo en el romanticismo permanece, incluso explícitamente buscada, esta comunicación idealista entre CTFT.

En el mismo sentido puede agruparse la visión idealista unificadora de Hegel en su *Enciclopedia de Ciencias Filosóficas*. Es una cosmovisión historicista y crítica, dialéctica, sintética, y diacrónica, la que Hegel presenta respecto a las componentes o contenidos CTFT del conocimiento.

LA CRISIS DE LA VISIÓN MODERNA DE LA CTFT

Con todo, el cambio más radical ha venido a lo largo del siglo XX con la crisis de la visión moderna y la incomunicación entre CFTF. Baste poner el caso del progreso de la física durante este siglo y el tremendo efecto de una traslación poco rigurosa al campo filosófico. En el caldo de cultivo preparado por la sistemática crítica destructiva nihilista de Nietzsche, tanto el realismo como el idealismo modernos han hecho crisis con los nuevos datos físicos observados desde la Relatividad y la Física Cuántica, especialmente las implicaciones de la incertidumbre y la indeterminación aportadas por esta última, en conflicto inicial o aparente con causas y leyes. Con el final de la física clásica y el desinterés por la racionalidad como valor moderno, emerge el escepticismo sistemático y criticista de la postmodernidad. La influencia de Heisenberg y demás padres de la Física Cuántica en el siglo XX ha sido clave no sólo en física sino también en filosofía de la ciencia y en toda la teoría del conocimiento. De hecho el indeterminismo y la no causalidad cuántica (en su cinemática) han hecho tambalearse los pilares sobre los que se apoyaba la sólida tradición cultural tanto realista como idealista de occidente. De hecho también los principios físicos establecidos por Heisenberg fueron extrapolados pronto en la filosofía (incluso por él mismo, de forma nada rigurosa) y subyacen en el relativismo y en el pensamiento débil abrazado por la cultura postmoderna. Su impacto llega hasta el ámbito de la religión y de la cosmovisión que cada ser humano tiene de su realidad y de la realidad que le rodea.

La importancia de los nuevos datos observados en física fue rápidamente notada por los filósofos. La revolucionaria física de los cuantos llegó a marcar los postulados neoempiristas de Bertrand Russell, Whitehead, y el primer Wittgenstein, de Ernst Mach y sus seguidores posteriores del Círculo filosófico positivista de Viena (Schlick, Hahn, Neurath, Carnap, Gödel, Kraft, Lakatos, Kuhn, Feyerabend...) así como del Círculo filosófico de Breslau y Gotinga (Husserl, Reinach, Edith Stein, Seller, primer Heidegger...), cuna del Fenomenologismo y del pensamiento alemán postkantiano. A pesar de toda la crisis, o quizás justo por esa causa, la mutua atención entre filosofía y ciencia experimental característica de la Nueva Ciencia, y entre ciencia y técnica, pareció permanecer por un tiempo en el centro de la evolución del pensamiento moderno, en medio de la turbulencia creada por las dudas sobre la validez de toda causalidad y de toda ley científica. El significativo que muchos filósofos del neoempirismo de la escuela de Cambridge fuesen también matemáticos o físicos, o que en la escuela de Breslau y Gotinga los filósofos tomaran profundas lecciones de física, como subraya Edith Stein en su autobiografía. Muchos de los filósofos neo-positivistas eran también físicos o estaban familiarizados con la física. El propio iniciador del círculo de Viena, Schlick, se había doctorado en física con el mismísimo Planck antes de obtener otro doctorado en filosofía..., etc., etc.

En medio del torbellino de la crisis final del modernismo, y en medio de esta fuerte interacción entre filósofos, matemáticos y físicos, Husserl intentó restaurar la conexión entre filosofía y ciencia desde un método común, la observación fenomenológica y la intuición de las ideas, aplicado en distinto grado a todos los objetos del conocimiento. Diversas escuelas, reconociendo los avances filosóficos de la historia intentaron conciliar vías moderadas de realismo e idealismo, siguiendo esa zona media de Husserl todas ellas manteniendo una estrecha relación de las componentes CTFT y con frecuencia recibiendo inspiración del rigor del lenguaje matemático y físico, de su formalismo, y de su moderado realismo. Pero la analítica del lenguaje, la verificabilidad del enunciado, como método fundamental de valorar la validez significativa de los enunciados científicos, buque insignia del neopositivismo del Círculo de Viena, fue prácticamente destruida por el teorema matemático debido a Goedel de la indecidibilidad de todo sistema axiomático, en los cuales la analítica se inspiraba, y por la crítica de Popper y su revisión del principio de verificabilidad.

Popper muestra en su *Lógica de la Investigación Científica* cómo ninguna proposición general es realmente verificable, pues la experiencia empírica nunca puede verificar suficientemente la hipótesis si la inducción no es completa, lo único que puede hacer es “falsarla”, es decir, buscar y presentar un hecho que la contradiga. Por tanto el criterio analítico de validez científica no debe ser la verificabilidad, sino la falsabilidad: la posibilidad que tenga el enunciado de la

proposición de ser desmentido por un hecho. Con ello la ciencia está toda ella compuesta por meras proposiciones hipotéticas y susceptibles de falsación empírica, y el conocimiento alcanza a lo sumo un cierto grado de probabilidad, pues toda proposición es provisional y susceptible de falsación de hecho en algún momento. En este sentido, la proposición de Popper es más destructiva que las posiciones realistas del positivismo y el empirismo. La hipótesis “no gratuita ni inventada, sino inducida” de Newton y la Nueva Ciencia, la hipótesis como “creencia razonable” de Hume y todo el empirismo, la hipótesis como “proposición verificable” mediante experimentos controlados, paradigma de todo el positivismo, es sustituida por la hipótesis como mera conjetura, incluso gratuitamente puesta, cuya mayor fuerza científica es la de que contiene también la posibilidad de que se encuentre su falsación. Popper corta también la conexión con la filosofía metafísica al no contener ésta proposiciones falsables empíricamente. No obstante crea un mundo aparte, el tercer mundo cultural para el conjunto del saber sapiencial, que no niega como veremos.

Pero finalmente ha sido la tecnología la que ha proporcionado el golpe de gracia para el final de la conexión entre ciencia y filosofía como eje del pensamiento. Heidegger, al insistir en el olvido del ser por el pensamiento actual, ha mostrado el dominio de hecho ejercido “por la nueva técnica” (la tecnología) sobre el conocimiento –y sobre todo el pensamiento final de lo moderno– al cambiar el paradigma de la naturaleza como algo a descubrir en sí mismo, por la naturaleza como algo lleno de potencialidad útil que hay que descubrir para aprovechar y disfrutar, para construir un nuevo universo a voluntad. La investigación cuántica de la física de partículas que ha conducido de nuevo a la poderosa tecnología nuclear y a la nano-electrónica es el modelo del nuevo conocimiento. El dominio total de la naturaleza, prácticamente ya alcanzado con la eclosión de la Nueva Tecnología, es el principal objeto del conocer. La posibilidad de ver cualquier cosa en cualquier parte mediante las telecomunicaciones ha confirmado la sensación del hombre como dueño total del mundo, rendido y puesto a disposición para su uso. El descubrimiento del código genético, del código de la vida, junto con el comienzo de la clonación ha cerrado el círculo autista, de la tecnología sobre sí mismo. Ha llegado a parecer que el mundo construible por la tecnología es más grande e interesante que el mundo dado por la naturaleza.

El progreso económico y tecnológico, los nuevos sistemas sociales de ellos derivados, y la completa divergencia del conocimiento han eclipsado la atención al legado y a la evolución del pensamiento, superando el romanticismo decimonónico e instalando el escepticismo pragmático postmoderno. Las relaciones conceptuales entre filosofía y ciencia, entre ciencia y tecnología han terminado por quebrarse como en su momento se quebraron las relaciones entre teología y filosofía, y teología y ciencia. Llegamos a situaciones incoherentes o

ingenuas. Así por ejemplo, es frecuente que se proponga fomentar las nuevas tecnologías, pero casi nadie habla de fomentar la ciencia, menos aún la filosofía, no digamos ya la teología. Son propuestas que desde la dificultad inherente a la ingeniería pueden verse como llenas de ingenuidad: la ingenuidad de quien ha llegado a creer en una magia fácil de la tecnología que no requiriese esfuerzo, la de quien identifica la durísima tecnología con su blanda utilización, con su colorista y juguetona comercialización, con un constante progreso “gratis total”, como “caído del cielo” sin esfuerzo.

CRISIS Y AGOTAMIENTO POSTMODERNO DE LA CTFT

En cualquier caso la unidad de saber ofrecida por el realismo, la búsqueda de certeza real y común a todos del racionalismo, la unidad metódica del positivismo y neopositivismo, al tensión dialéctica pero unidad historicista de la realidad-razón del idealismo, la unidad buscada por el romanticismo, todo esto ha pasado. Tanto desde la tradición realista como idealista, parece que las disciplinas CTFT antes mencionadas, las que he denominado cuatro componentes del conocimiento, se dan la espalda hoy unas a otras. Para unos por la gran diversidad de su objeto, método y grado de certeza. Para otros incluso absolutamente por la negación del valor conocimiento frente a los valores del poder, del vivir, del interés sentimental, emocional o vital de cada día. No parece importar la advertencia de Ortega: “quien piensa mal, vive mal”. El postmodernismo ha cortado esa relación causal, sin aceptar las propuestas de coherencia neo-realista ni neo-modernista actuales, ni siquiera la sencilla solución aportada por la filosofía personalista reciente, integradora de valores del conocimiento, amor, vitalismo, o solidaridad. La coherencia entre pensamiento y conducta, base de la autenticidad y de la ética, eco del viejo “operar que sigue al ser, a la naturaleza de las cosas”, ha cedido a la espontaneidad, que es coherencia entre conducta y propia naturaleza, pero una vez negada la existencia de tal naturaleza lo que lleva es al vacío, a una espontánea incoherencia, a la “coherencia” entre la conducta y ningún pensamiento o en todo caso un débil pensamiento. Es la auto-afirmación de la voluntad de poder o de placer como legitimación de toda acción, es un aspecto del nihilismo postmoderno. Albert Camus señala en “El hombre sublevado” que el hombre es la única criatura que quiere no ser lo que es.

Ciertamente para todos ha pasado el tiempo del conocimiento enciclopédico de Isidoro de Sevilla o Leonardo da Vinci. Ha pasado la época de las respuestas teológicas a preguntas físicas (tan corrientes en el medievo), y de las respuestas físicas a preguntas filosóficas (tan corrientes en la ilustración). Nadie hoy responde con la filosofía las cuestiones puestas por la ciencia experimental o la tecnología, simplemente provocarían el silencio del desprecio. Pero son también objeto inmediato de desprestigio las respuestas físicas,

frecuentemente extrapolaciones carentes de rigor, a preguntas teológicas o filosóficas. Ningún proyecto de ingeniería se pregunta tampoco por la curiosidad científica al planificar sus costes y sus tiempos en la aplicación de la tecnología disponible. La teología no parece aportar nada al avance de la genética, los cultivos transgénicos o la tecnología nuclear. La ciencia tampoco parece capaz de responder a la compleja estructura y simplicidad de la reflexión humana. La divergencia en el conocimiento es completa.

PROGRESO Y SINGULARIDAD HUMANA

Sin embargo, de hecho, es experiencia de muchos que sigue existiendo el conocimiento científico, tecnológico, filosófico y teológico, que no son lo mismo, que aportan respuestas válidas y complementarias, y que además sin base matemática se puede errar fácilmente en física, sin base física, se puede errar fácilmente en filosofía, y sin filosofía se yerra en teología. Jaki y Artigas han señalado cómo la experiencia del avance científico objetivo, logrado por la mente humana, es en sí misma significativa de la singularidad humana. En palabras de Artigas: “El progreso científico requiere seguir una secuencia de pasos en los cuales se combinan la creatividad y la interpretación, y también requiere una actitud de razonabilidad que se encuentra estrechamente relacionada con los valores. La racionalidad que se encuentra estrechamente relacionada con los valores. La racionalidad científica se refiere al uso de argumentos científicos para trascender nuestra experiencia ordinaria y conocer el orden natural que subyace a las apariencias. Incluye las capacidades de objetivación y conceptualización, y una capacidad de argumentación que incluye la experimentación. Combina las dimensiones empíricas y racionales en una única argumentación. Se ejerce mediante la creatividad y la interpretación. Y requiere, como su única base viable, una capacidad de autorreflexión que existe en un ser que, al mismo tiempo es un ser natural y trasciende a la naturaleza. Así la retroacción o realimentación del progreso científico sobre los supuesto epistemológicos de la ciencia muestra que, aunque formamos parte de la naturaleza, la trascendemos. La creatividad científica es una prueba de nuestra singularidad. Muestra que poseemos dimensiones que trascienden el ámbito natural y que pueden ser denominadas espirituales. La existencia y el progreso de la ciencia natural es uno de los mejores argumentos para mostrar nuestro carácter espiritual. Al mismo tiempo, el éxito del método científico muestra que nuestras dimensiones espirituales, relacionadas con la creatividad y la argumentación, se encuentran entrelazadas con nuestras dimensiones materiales, de modo que somos un solo ser constituido por ambos aspectos. Por consiguiente, la existencia de dimensiones humanas espirituales que se encuentran entrelazadas con las condiciones materiales puede ser considerada como un hecho corroborado por la explicación de la existencia y el progreso de la ciencia experimental”.

PENSAMIENTO, INTELIGENCIA EMOCIONAL Y ÉTICA

Cuando trabajaba en el Laboratorio de Cibernética y Electrónica Aplicada creado por el Cabildo Insular en 1977, leí el libro “El yo, y su cerebro”, escrito conjuntamente por Popper y Sir John Eccles, Premio Nóbel de Medicina por su trabajo en Neurofisiología del Cerebro. Este libro bucea en las dependencias e interacciones entre mente y cerebro. Popper, presente esa interacción real y unitaria, en tres niveles a los que llama mundos:

- el primer mundo es el de la naturaleza, las partículas, la energía, el cosmos, el cerebro
- el segundo mundo es el de la inteligencia, la creatividad, el arte, la voluntad, la felicidad, la mente, el yo, el pensamiento
- y el tercer mundo es según Popper el de la cultura objetivada. Esa cultura reunida en libros que los dictadores y “antibomberos” de la novela Fahrenheit 451 quieren localizar y quemar. Es el fruto del pensamiento y el arte acumulado, registrado, en medios físicos objetivos que lo atesoran y lo acrecientan, y se transmite de generación en generación por medio de la educación.

La sociedad de la Información proporciona como nunca acceso a toda la riqueza de ese tercer mundo cultural y liberador de Popper. Pero debe ir acompañada de interacción libre con el yo, con el propio pensamiento, y de éste a su vez con esa realidad primigenia y objetiva de la naturaleza y el cosmos, de la realidad, no la realidad virtual. Ya lo enseñaba Aristóteles en la Academia de Platón y luego en su propio Liceo. El Filósofo escribe que hay tres elementos que hacen la felicidad y no pueden faltar en el hombre: vivir con placer y alegría, vivir como ciudadano libre y responsable, y vivir como pensador y filósofo, con amor a la sabiduría. En su concepción no hay pensamiento sin lógica, voluntad sin ética, libertad sin responsabilidad. Y tampoco es posible encontrar lógica, voluntad sin ética, libertad sin responsabilidad. Y tampoco es posible encontrar lógica, ni ética, ni responsabilidad sin verdad, sin realidad.

Ilustres intelectuales y educadores como Gregorio Marañón, han escrito: “El espíritu universitario consiste en amar la verdad sin dogmatismo, pues la verdad puede estar en todas parte, y muchas veces se la encuentra en los estratos más humildes de la investigación”. Los poetas, fuente de conocimiento sapiencial, nos aportan con frecuencia intuiciones fundamentales. Así Antonio Machado: “Tu verdad no, la verdad, y ven conmigo a buscarla; la tuya guárdatela”. Y Pedro Lezcano: “La verdad no tiene dueño; ella nos tiene por dueño”.

Un ejercicio de la razón más necesario que nunca cuando algunos sucesores de Popper han llevado la crítica del método científico a la plaga

intelectual que se ha llamado el pesimismo y escepticismo científico, la desconfianza radical en la capacidad del entendimiento humano, la duda universal considerada insuperable y que es característica del “pensiero débole”, de la difusión de un pensamiento débil en la sociedad, que se ve arrastrado por las sensaciones de cada día. Muchos intelectuales alertan sobre algunos efectos negativos de la sociedad de la información, al tiempo que argumentan que debemos ser más optimistas respecto a la inteligencia y la afectividad humanas.

El escritor Antonio Gala, invitado en la V International Computer World Conference ha dicho: “¿De qué le sirve al hombre actual la libertad de opinión, si carece de opiniones personales, y la sociedad se ocupa de que sólo acoja la que ella misma le suministra?, ¿para qué sirve la libertad de elección cuando la publicidad ha acabado con ella dirigiéndose no a la razón, sino a la emoción? El hombre actual corre el peligro de quedar descerebrado, llena su cabeza de ideas prefabricadas, un hombre asaltado de multitud de informaciones que han acabado por deformarlo”.

El problema en esta formidable sociedad de la información y de la imagen a la que nos dirigimos es cómo integrar las emociones, la afectividad, en el equilibrio personal. José Antonio Marina, en su obra “El laberinto sentimental” expone su visión de la inteligencia afectiva, y comentando la sentencia de Pascal “El corazón tiene sus razones que la razón no comprende”, escribe: “Somos insaciables consumidores de emociones. Si embargo, aunque adictos al estremecimiento, nos horrorizaría estar siempre estremecidos... No entendemos lo que nos pasa. Lo más íntimo en nosotros resulta lo más lejano ¿Para qué empeñarse entonces en conocer los sentimientos? Me dan ganas de decir: porque es lo único que de verdad nos interesa. Y lo diría si no estuviera seguro de que es una falsedad. La verdad va en dirección opuesta”.

Daniel Goleman, inicia su impactante libro “Inteligencia emocional” recordando el famoso desafío que escribió Aristóteles en su Ética a Nicómaco: “Cualquiera puede enfadarse, eso es algo muy sencillo. Pero enfadarse con la persona adecuada, en el grado exacto, en el momento oportuno, con el propósito justo y del modo correcto, eso, ciertamente, no resulta tan sencillo”. Yo añadiría, con el permiso de Aristóteles, que el verdadero desafío es ...desenfadarse.

LA COSMOVISIÓN INTEGRADORA, PERSONALISTA Y SAPIENCIAL DE FE Y RAZÓN

Juan Pablo II ha articulado un análisis de la situación y una propuesta optimista e integradora en su encíclica Fe y Razón, que puede resumirse de la siguiente manera.

“Se trata –dice el Papa– de convicciones tan difundidas en el ambiente que llegan a ser en cierto modo mentalidad común. Tal es, por ejemplo, la desconfianza radical en la razón que manifiestas las exposiciones más recientes de muchos estudios filosóficos. Al respecto, desde varios sectores se ha hablado del final de la metafísica: se pretende que la filosofía se contente con objetivos más modestos, como la simple interpretación del hecho o la mera investigación sobre determinados campos del saber humano o sobre sus estructuras”. (FR n. 55)”. Se nota una difundida desconfianza hacia las afirmaciones globales y absolutas, sobre todo por parte de quienes consideran que la verdad es el resultado el consenso y no de la adecuación del intelecto a la realidad objetiva. Ciertamente es comprensible que, en un mundo dividido en muchos campos de especialización, resulte difícil reconocer el sentido total y último de la vida que la filosofía ha buscado tradicionalmente. No obstante, a la luz de la fe... debo animar a los filósofos a confiar en la capacidad de la razón humana y a no fijarse metas demasiado modestas en su filosofar... Es preciso no perder la pasión por la verdad última y el anhelo por su búsqueda, junto con la audacia de descubrir nuevos rumbos”. (FR 56).

“Uno de los elementos más importantes de nuestra condición actual es la ‘crisis del sentido’. Los puntos de vista, a menudo de carácter científico, se han multiplicado de tal forma que podemos constatar cómo se produce el fenómeno de la fragmentariedad del saber... Es necesario ante todo que la filosofía encuentre de nuevo su dimensión sapiencial de búsqueda del sentido último y global de la vida. Esta primera exigencia es para la filosofía un estímulo utilísimo para adecuarse a su misma naturaleza. En efecto, haciéndolo así, la filosofía no sólo será la instancia crítica decisiva que señala a las diversas ramas del saber científico su fundamento y su límite, sino que se pondrá también como la última instancia de unificación del saber y del obrar humano, impulsándolos a avanzar hacia un objetivo y un sentido definitivos. Esta dimensión sapiencial se hace hoy más indispensable en la medida en que el crecimiento inmenso del poder técnico de la humanidad requiere una conciencia renovada y aguda de los valores últimos ...Por otro lado esta función sapiencial no podría ser desarrollada por una filosofía que no fuese un saber auténtico y verdadero, es decir, que atañe no sólo a aspectos particulares y relativos de lo real –sean éstos funcionales, formales o útiles–, sino a su verdad total y definitiva, o sea, al ser mismo del objeto de conocimiento. Esta es una segunda exigencia: verificar la capacidad del hombre de llegar al conocimiento de la verdad; un conocimiento, además, que alcance la verdad objetiva, mediante aquella *adaequatio rei et intellectus* a la que se refieren Santo Tomás y San Buenaventura... Exigencia que ha sido reafirmada por el Concilio Vaticano II: “La inteligencia no se limita sólo a los fenómenos, sino que

es capaz de alcanzar con verdadera certeza la realidad inteligible, aunque a consecuencia del pecado se encuentre parcialmente oscurecida y debilitada”. Es necesaria una filosofía de alcance auténticamente metafísico, capaz de trascender los datos empíricos para llegar, en su búsqueda de la verdad, a algo absoluto, último, fundamental. Un gran reto que tenemos hoy es el de saber realizar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento. No es posible detenerse en la sola experiencia: incluso cuando ésta expresa y pone de manifiesto la interioridad del hombre y su espiritualidad, es necesario que la reflexión especulativa llegue hasta su naturaleza espiritual y el fundamento en que se apoya” (FR 81... 83).

“En la perspectiva del cientificismo, que no admite como válidas otras formas de conocimiento que no sean las propias de la ciencias positivas, los valores quedan relegados a meros productos de la emotividad y la noción de ser es marginada para dar lugar a lo puro y simplemente fáctico. La ciencia se prepara a dominar todos los aspectos de la existencia humana a través del progreso tecnológico. Los éxitos innegables de la investigación científica y de la tecnología contemporánea han contribuido a difundir la mentalidad cientificista, que parece no encontrar límites, teniendo en cuenta cómo ha penetrado en las diversas culturas y cómo ha aportado en ellas cambios radicales... No menores peligros conlleva el pragmatismo, actitud mental de quien al hacer sus opciones excluye el recurso a reflexiones teoréticas o a valoraciones basadas en principios éticos. En particular se ha ido afirmando un concepto de democracia que no contempla la referencia a fundamentos de orden axiológico y por tanto inmutables... Según algunas corrientes posmodernas el tiempo de las certezas ha pasado irremediamente; el hombre debería ya aprender a vivir en una perspectiva de carencia total de sentido, caracterizada por lo provisional y fugaz... Pero creer en la posibilidad de conocer una verdad universalmente válido no es en modo alguna fuente de intolerancia; al contrario, es una condición necesaria para un diálogo sincero y auténtico entre las personas. Sólo bajo esta condición necesaria para un diálogo sincero y auténtico entre las personas. Sólo bajo esta condición es posible superar las divisiones y recorrer juntos el camino hacia la verdad completa” (FR 88... 92).

“Es posible distinguir un camino que, a lo largo de los siglos, ha llevado a la humanidad a encontrarse progresivamente con la verdad y a confrontarse con ella. Es un camino que se ha desarrollado –no podía ser de otro modo– dentro del horizonte de la autoconciencia personal: el hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo más se conoce a sí mismo en su unicidad, y le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia” (FR).

CONCLUSIONES: BASES PARA EL DIÁLOGO ENTRE CTFT EN EL SIGLO XXI

Compartiendo el análisis anterior y recogiendo el guante del diálogo ofertado por el Papa, termino resumiendo lo que en mi concepción pueden ser las bases del diálogo:

1. El respeto a la persona y a su libertad, junto al reconocimiento de su unidad y su dignidad.
2. La racionalidad como sustrato común para poder dialogar entre todas las componentes del conocimiento.
3. La existencia de un mundo cuya realidad y verdad, en cualquier grado, es el objeto de nuestro conocimiento.
4. El reconocimiento de la biodiversidad intelectual y la multiplicidad de las vías de acceso a la realidad.
5. La posibilidad de integrar amor, sentimientos, diversión, juego, emociones en un conocimiento de dimensión sapiencial.
6. El valor de la Formación, la Pedagogía y la Historia, maestras de la vida, para no tener que reinventar la rueda, y para evitar cometer de nuevo los mismos errores ya superados históricamente y a los que la ignorancia puede siempre conducirnos.

Las Tecnologías de la Información pueden construir ese diálogo si incorporan medios adecuados de liderazgo, guía y orientación en la transmisión del saber. Hay que distinguir cada vez más entre comunicación (ajena a los contenidos, por ejemplo la comunicación de una mentira), información (que sólo es tal si lo comunicado es verdad), conocimiento (si la verdad comunicada es captada como tal de forma racional, si hay un por qué), y sabiduría (si las diversas fuentes de conocimiento se integran coherente y sapiencialmente en la unidad vital de la persona).

En esta tarea de liderazgo y orientación, científicos, tecnólogos, filósofos y teólogos, la Universidad, y la Iglesia comparten una importante misión social y de servicio al hombre, a cada hombre.

Antonio Núñez Ordóñez